

doles en las hojas de sus libros mucha seda para vestir su Oratorio de hermosura.
Capítulo XXVIII. Comienza á darse á conocer por sus virtudes este Varon Venerable.

Como Gusano enclaustrado en su capullo laboreando su seda dejamos á nuestro Indiano entre sus libros, y para seguir la metáfora, despues que el artificioso Gusano tiene perfeccionada su labor mudando en nido la cárcel, vuelta en urna la tumba, ó renacido ó resucitado renovando su juventud sale de nuevo á la luz, y el que antes por su abatimiento natural solia parrer el suelo con el pecho, saliendo de las prisiones se vuela blanca palomilla aspirando con sus alas á las alturas. No de otra suerte el humilde Siervo del Señor menos que gusanillo en su concepto, cuando por fuerza de la Pasca se nos quedaba sepultado en la tumba, renase blanca palomilla doindole alas para volar al Cielo las virtudes que ejerció toda su vida. Lo que admiró Plinio en el Emperador Trajano fue que todas sus virtudes estaban tan acordes como las cuerdas de una Citará. No siendo fácil discernir entre las virtudes cuando con igualdad se compiten en un sujeto, que lleva la atencion aquella que como sienten los Místicos es el fundamento de todas la Santa Humildad. No se opone el llamar á la Humildad fundamento lo que dice S. Pablo 1. cor. ca 3. de ser la Fé fundamento de toda la vida cristiana, pues como resuelve esta duda el Doctor Angélico 2. 25. q. 161. es diciendo, que así como la congregacion de virtudes se compara á un edificio, así tambien la que es primero en la consecucion de las virtudes se compara al fundamento.

Las virtudes son don de Dios infuso, y para adquirirlas se deben considerar en dos maneras: de un modo como causa removiendo lo que es á ellas contrario, y así la Humildad tiene el lugar primero, pues excluye la soberbia. De otro modo hoy otro fundamento directo para acercarse á Dios, y este es la Fé en mas noble modo que la Humildad, entendiendase esto con un ejemplo. Para levantar una hermosa fábrica son necesarias dos cosas, romper los cimientos y sacar toda la arena y tierra morrediza, y hecha esta diligencia se asienta la primera piedra. A este modo en la fábrica del espiritual edificio se llama fundamento la humildad en cuanto prepara el lugar desocupándolo de la tierra y arena, y entonces se asienta la primera piedra de la Fé, sobre quien estriba todo el peso del edificio. Si se pusiera esta piedra sobre arena, podria des-

plomarse la fábrica, y quitado por la Humildad todo lo morredizo se unistencia. Bien persuadido estaba nuestro Virtuoso Varon de la necesidad que tiene una alma de una Humildad profunda para comenzar á fabricar el edificio del espíritu y enseñado de lo mismo que habia practicado, fue el estremo de sus escritos un librito de la Virtud sin nombre que es la Santa Humildad el cual sacó á luz en Madrid año de 721 en que el M. R. P. Maestro Fray Juan de Escalona, Estrella lucida de la Religión Guarnana dando su aprobacion dice de esta suerte: "Desconocida en el mundo llora el Autor la Santa Humildad, y no dudo que la conocerán ya todos los que leyeren este pequeño Libro. El asunto no puede ser mas provechoso, téalo con magisterio, y no pudiera hacerlo así, si no es siendo muy humilde; que si cada uno habla con acierto en aquella Arte que professa, bien se deja entender cuan aprovechado está quien así escribe." — Mucho antes de partirse el Padre á la Europa estaba trabajando en su Oratorio de la Villa de San Miguel esta obra, y aun me tenia encargado trabajase yo sobre el mismo asunto para de lo que ambos recopilásemos formar un tratado para nuestro provecho y el ajeno, en que se conoce haber deseado siempre fundamentar todas las virtudes de su alma en una Humildad verdadera: su constancia logró el intento, y pues sus mismas líneas me dejaron pauta para dar á conocer su humildad, las seguiré con la mayor exaccion que pueda. Despues de las admirables eficacisimas consideraciones que se ven en este librito para conseguir la Santa Humildad, porne la practica de afecciones, y no son otra cosa que las que este Varon Venerable practicaba. Para su Dios deseaba toda la gloria, y para sí la confusion perpetuamente. Alegrebase de ser Dios todo en todos, y se humillaba de su nada para que fuese Dios todo su ser. En todo quanto hacia le salian del corazon estas voces; nada soy, nada puedo, nada valgo; ayudadme Buen Jesus. En lo que ejecutaba decia: Si algo tiene de buena esta obra, vuestra es, Señor, á vos la vuelvo; pues de mi cosecha solo tengo maldades y miserias. Cayendo en algun defecto no se contristaba, y humillado se decia á sí mismo: La tierra dió su fruto, de mi solo tengo. En las sequedades espirituales consideraba no ser digno de gustar el pan de los hijos regalados. Oyendo tal vez alabar su virtud decia en su interior: ¿Qué importa que otros me alaben si Dios me reprueba? Confundíase con los favores de Dios, pues tenia más de qué dar estrecha cuenta. En las injurias miraba á la criatura solo como instrumento que Dios tomara para castigo de sus ingraticudes. Tentado de la vanagloria

exclamaba: Señor, volved por nuestra honra ¿quién como Dios?

Cuando veía algún hombre enfermo, contrahecho ó atribulado juzgaba padecía para el mérito; mas que á él por ingrato le eran todas aquellas penalidades muy debidas. Daba con gusto lo que le pedían juzgando tenían mejor derecho para pedirlo que él para poseerlo. Agradecía el bien que le hacían como no merecido, y lo que le negaban como no debido no lo inquietaba, y siempre reconocía pura gracia lo que tal vez se le concedía. Los honores miraba como hechos á su estado, no á su persona, que interiormente se conocía lleno de deformidades. A los que lo despreciaban vivía agradecido, pues le daban á conocer su nada. Entre virtuosos se contemplaba como el Cuervo entre los Cisnes, alabando á Dios de que lo mantuviese entre sus queridos Sicrivos.

No juzgaba mal de sus prójimos, disculpando con humildad sus yerros, y no teniendo ojos para ver ajenos defectos todo se hacia árgos para mirar los suyos propios. Nunca se comparaba con otros, si eran buenos los miraba con sumo respeto; y si malos se tenía por el peor de todos ellos. Gustaba mucho de hacer ejercicios en compañía de otros, pues así confiaba serían sus peticiones aceptas al Señor, ya que por sí no fuesen valor alguno. Pedía oraciones para sí, y cuando á él se las pedían volvíá sus ojos á Dios diciendo: Mirad, Señor, la humildad con que este pide, que yo me avergüenzo de valgan de mí sin conocer lo que soy en vuestro acatamiento. Siempre tomaba consejo, y si alguna vez lo daba, se reconocía ser solo instrumento que Dios escogía para bien de sus prójimos, quedándose él tan ageno de aquella acción, como la pluma que escribe cosas buenas y se queda sin vanidad en el autor.

No esperaba galardón de lo que hacía por otros, tenía se por siervo de todos, y si por haber advertido á alguno su defecto lo veía disgustado, lo satisfacía con palabras dictadas de un corazón humilde. Sus faltas oía con gusto, si no es que de creerlas viniese detrimento á la virtud. Para sí escogía lo peor. Trataba con familiaridad con gente humilde como fuese virtuosa, y en su trato y vestido trataba como divino la baja estimación que hacía de su persona. No desdecía en sus obras y palabras lo que ocultaba su corazón siempre abatido. Verse alabado de los hombres lo tenía por beneficio, solo deseaba se a-

cordasen de él para lo que era del servicio de Dios. Fluía de que alabasen cosa suya, persuadiéndose siempre que todo lo bueno es á solo Dios debido, y si lo murmuraban, solo con su silencio atafaba el incendio; más en poniéndose por medio honra de Dios, ó el buen crédito de la virtud, sabía con celo santo responder á su tiempo. Conocía en sí los beneficios que recibía de su Hacedor, pero su conocimiento se los representaba como un licor precioso en vaso inmundado, ó como una joya de sumo valor engastada en basísimo plomo. Gustaba de ocuparse en oficios viles, como se vió trabajando con todo, lleno de tierra, con la arada cabando en la huertas y entre el polvo é inmundicias de los corrales. A los pies de todos desió estar siempre como testifican cuantos lo manejaron, y las máximas de humildad que imprimió para otros las estampó primero en las telas de su corazón dándolas á conocer con obras y despues con palabras. Su practica más continua con personas virtuosas era conferir dictámenes prácticos para alcanzar esta virtud; no leía caso de Santo ó de Persona Venerable en materia de Humildad que no la apuntase en su Cuaderno para la imitación de sus ejemplos. No lo digo por solo conjetura, testigo es mi experiencia en los años que me concedió el Cielo la comunicacion de mi dulce Hermano. ¡Oh cuantas veces conferiamos las excelencias de esta virtud, y lo necesario de ella para no errar en nuestros ministerios! Acuérdate que en cierta ocasion en que se hallaba dando piasto espiritual á algunas almas virtuosas llegó á sus pies una comunicándole las luces que sentia en su interior, y entre lo mucho que le practicó fué haberlo visto muy favorecido del Señor por su aplicación al Pulpito y Confesionario, y con ciertas luces que lo ibanaban indices de los incendios de su alma. Persuadida el Padre ser todo aquello fatarias del que se sabe transfigurar para engañarnos, y despues comunicando conmigo el caso referido con expresa licencia de la confesada á quien yo conocía, y habria confesado muchas veces me preguntó mi parecer, y dije ser cosa sospechosa creer el Confesor lo que puede ceder en crédito suyo por los engaños de nuestro amor propio, y entonces me dijo: No puede ser esta revelacion de Dios, porque si yo conosco mi indignidad por beneficio de Dios y veo las miserias de que está lleno mi interior; como caben tales luces entre tantas tinieblas? Yo me quedo en mi antiguo conocimiento, y solo creeré que el Señor puede por su sola bondad hacer en sus criaturas lo que fuere de su gusto. La vimos por sus letras lo que me escribió al tiempo de embarcarse. Temó no frase mi malicia

"á Menar de horrores los mares y á manchar la Europa con mis iniquidades
 "para que en todo el Orbe sea patente mi presencial malicia". En otra de sus car-
 "tas ya mencionadas confiesa ser hijo de San Pedro huyendo, no de San
 "Pedro tolerando, soy (dice) hijo de San Pedro solicitando glorias, no de San
 "Pedro antelando penas, soy de San Pedro hijo experimentando á cada pa-
 "so caídas, no de San Pedro llorando amargamente culpas. A cada renglon de
 sus cartas se encontrarán cláusulas de castizas humildad y propios abati-
 miento. En la consideracion VI. nos pone el mismo Padre en su librito el
 modo de humillarnos cotejando nuestras obras con las de los Santos. No
 se conoce si corre mucho un caballo corriendo solo, sino corriendo á com-
 petencia de otros. Corrieron los Santos unos en los desiertos con ásperas pe-
 nitencias, otros en los Claustros con continuas oracion, muchas ejemplares
 Vírgenes en perpetua claustración. Viendo San Macario dos Eremitas que pas-
 cion entre las bestias por no juzgarse dignos de vivir entre los hombres
 decía Moisés: No soy eltonye, pero sí otros eltonyes. El cotejo de nuestras
 obras con las de los Santos hará confundirse al mas encantado en
 sus propias virtudes. ¿Qué hacemos nosotros y qué hicieron ellos? ¡oh
 Dios! Allí veo á San Antonio Abad pasmo del Desierto, que en claus-
 trado en su Celda oyó una voz que le dice: Antonio, no has llega-
 do á la mensura y grado de ese curtidor que está en Alejandria.
 A la mañana tomando su bordon se fue á buscarlo, saludólo, que-
 dando el pobre oficial pasmado de ver en su casa tan gran Santo.
 Preguntóle San Antonio su modo de vivir y respondió: No sé haber
 hecho jamás obra buena. Instóle el Santo y con sencillez respondió:
 Cuando me levanto de mi pobre chosa á la mañana antes de irme á
 mi trabajo digo en mi oracion: Todos los moradores de esta Ciudad
 del mayor al menor entrarán en el Reino de los Cielos por sus buenas
 obras; yo solo por mi culpa merezco la entrada en la pena eterna;
 esto mismo repito de todo corazón á la tarde antes de tomar el des-
 canso del sueño. Pasmóse el gran Antonio y le dijo: Hijo, de esa su-
 erte tu eres buen Artífice, repusando en tu casa has negociado
 el Reino de Dios; yo como falto de discrecion conversando toda
 mi vida en el Geramo no he llegado á la medida de tu dicha.
 Ruf. Lib 2. in vit. Pat. — ¡Oh Humildad Virtud pota de los Cielos! Es-
 ta procuró en todas sus acciones observar este humilde Filisense, ésta
 desió estampar en todos sus hijos espirituales, ésta procuró persuadir á
 todos estados de personas, como lo hace patente en su Prólogo al Librito
 de oro de la Santa Humildad, y sobre este profundo cimiento fué levantado

el edificio de virtudes que Dios mediante vemos manifestando en los
 capítulos siguientes.

Capítulo XXIX. De su rara mortificacion en el uso de los sentidos corporales.

Cosa es muy natural que un
 Jardin correspondiendo con sus flores la labor del jardinero, y si este
 se esmera en cultivar las yerbas consigue con la industria primicias del
 la misma naturaleza. Vense en algunos Jardines varias figuras for-
 madas de especie de arayan ó de otras yerbas en que se representan
 ya un leon, ya un hombre, en otra parte una águila ó un ciervo y otros
 animales vistiendo aquellas mudas estatuas las hojas verdes; pero si no es-
 tá continuamente el jardinero con la tijera en la mano cortando lo que
 para el adorno le parece superfluo, en breve tiempo ni el leon parecerá
 leon, ni la águila y otros animales representarán tal figura, porque ex-
 cediendo la yerba con la pompa torvana de sus hojas todo parecerá por-
 que inculto aunque siempre se mire ameno. Por esto un curioso puso á
 este hermoso engaño de la vista este epigrafe: Cortando de continuo ten-
 drá duracion. No de otra suerte sucede en la cultura de los sentidos de
 el cuerpo humano. Sea uno al parecer un Leon en la fortaleza por la vir-
 tud, si no se cortan por la mortificacion las pasiones, en breve tiempo se
 desapareció toda aquella robustez, y lo mismo sucede en todas las imagenes de
 virtudes que cortando las malas inclinaciones se conservan, y dejando crecer la
 yerba maligna de la raíz amarga del natural apetito todo se desfigura.

Siempre es necesaria la mortificacion, pues lo que hace en el campo la reja
 hace en el cuerpo humano la mortificacion, como el arado, forma los sul-
 cos, rompe la dureza, desarraiga los vicios y llenas las mieses de frutos es-
 pirituales esperando la lluvia voluntaria del Cielo, pues sin auxilio de
 lo alto ninguno es mortificado ni virtuoso. Individuemos esta mortificacion
 en nuestro Filisense mirando uno por uno sus cinco corporales sentidos. Sus
 ojos solo le servian para ver lo que bastaba para el comercio humano, sin darle
 ensanche para mirar otros objetos, siempre se miró con tan modesto que pocas cla-
 vaba en los otros la vista: nunca asistia á espectáculos públicos desde que tomó
 ordenes sacros, y por decir en breve la mortificacion de sus ojos diré lo que
 vió por los míos. Usaba el Padre desde sus floridos años de anteojos por la corte-
 dad que entraba en la vista, reparé en cierta ocasion que el color de los vi-
 drios era verdoso, preguntándole si con ellos miraba mejor que con otros que te-
 nia cristalinus, y me respondió con confianza de buen Hermano: uso de ellos
 porque hacen todos los rostros macilentos y amarillos, (asi lo experimenté po-
 niéndome los) con esto, si tal vez me descuido en ver alguna persona se me